



Encuentros  
con el  
hombre lobo

por Ana Lydia Vega

## I El lobo en el patio

Estoy nuevamente en aquel barrio de Santurce en el que viví los primeros trece años de mi vida: el de la parada 20 abajo, al final de la avenida Hipódromo, en el último tramo sin salida de lo que era entonces la calle Feria. El momento: la muy freudiana y muñocista época de los cincuentas. La sirena de la Cervecería Corona y el silbato del tren de la cinco enmarcan sonoramente el tranquilo transcurso del día en aquella vivienda de madera y lata habitada por murciélagos, ratones y gente. Cuatro casas comparten un espacio común: el patio donde jugamos los niños y conspiran los adultos. A mi lado estoy yo misma, una nena confundida preguntándole por enésima vez a la madre, ¿Por qué está llorando Dora? Cosas de matrimonios, responde bajito ella con el gesto que despacha mi pregunta. No hay que meter la cuchara en plato ajeno, me dice su actitud discreta y terminante.

Al llanto quejoso de la vecina se añaden ahora los gritos del marido. Debe estar más jalao que un timbre e guagua, dice mi padre con una sonrisita suspicaz que no esconde la nerviosidad. Breves silencios abren paréntesis en la garata conyugal que todos escuchamos como si fuera una misa radial. De ves en cuando un aullido puntúa la calma de huracán que reina en el vecindario. La escena es ya tan cotidiana que a nadie se le ocurre siquiera asomarse, ocupados como lo estamos todos en los ritos del anochecer. Además, existe el temor de que la solidaria preocupación de cualquier fulano pudiera pasar por curiosidad malsana. Pero ya los gritos y los sollozos no dejan oír el último capítulo de *Cuando los hijos condenan*, la telenovela que tiene a todo Puerto Rico en el borde de la butaca. La malvadísima Lydia Echevarría está en el momento culminante de su traición televisada cuando llega corriendo al balcón de mi casa, con la boca ensangrentada y la blusa desgarrada, la protagonista del drama real: nuestra vecina Dora. Ayúdenme, es todo lo que alcanza a murmurar antes de caer en brazos de mi madre. Mis ojos azorados la recorren de sur a norte. Tiene las piernas y los brazos cubiertos de mordidas violeta y en el

pecho, como dos ojos furiosos, un par de quemaduras rojo escarlata.

Dora se queda esa noche con nosotros. Yo rondo por el pasillo sin entender esas cosas de matrimonios que ahora también son nuestras. La explicación oficial es que nuestra huésped "está mala". Pero las puertas de mi casa, esa noche, tienen trancas.

Al día siguiente, Dora no acepta ni siquiera echarse al cuerpo el buchecito de café prieto que le ofrece mi madre para enfrentarse al día. La veo alejarse arrastrando las chinelas, su cuerpo menudo ocultado por la bata demasiado ancha de su vecina. El regreso cuenta con un consenso absoluto por parte de todos: una mujer nunca, jamás, bajo ningún concepto y ninguna circunstancia, abandona su hogar así porque sí. Después de todo, ya a José Juan se le habrá pasado la borrachera, condenado muchacho ese, y estará tendido, inofensivo tras el arranque de la vispera, en el sofá de la sala. El reencuentro no lo presencia nadie: el silencio da testimonio de la paz. Al rato, una impresionante procesión de flores—gladiolas, claveles, crisantemos—desfila por el callejón hacia el balcón de la casita de Dora. El arrepentido ostentoso del marido, más para consumo de la opinión pública que como expiación de la barbarie, se impone con la misma violencia que los golpes. Suavemente, Dora abre la puerta para firmar el recibo de la floristería. Una sonrisa tenue embellece su cara hinchada por el llanto.

Ésa experiencia con las "cosas de matrimonios" que décadas después llevarán el título clínico de "violencia doméstica" no marca la primera aparición del Hombre Lobo por mi barrio. La esposa de Don Manolo, el papá de mi amigo Manolito, esconde lo cuchillos de cocina cuando a su marido, como dice fatalísticamente ella, "se le sube lo malo". El cortejo de Gloria, recién llegado de Corea, espera que ella se quede dormida para caerle a puños por si acaso ha tenido el atrevimiento de soñar con su primer marido. A Don Sami, tan amable, tan fino, tan buen vecino él, le ha dado con patearle el vientre preñado a la mujer para que acabe de botar ese muchacho que es el clavo final en la cruz de su eterno desempleo.

En la escuela donde trabaja mi madre, ya van cinco muchachas este año que han salido encinta sin estar casadas. Cosa muy natural cuando se sabe que el bebé esperado es a la vez—y en todos los cinco casos—hijo y nieto del padre. Don Gabo, el Guardia Nacional de la esquina, ofrece llevarnos a la escuela cada mañana con la puerta del carro y la bragueta abiertas en *openhouse* permanente.

Los titulares de los periódicos traen ecos de ocurrencias truculentas bajo nombre aún enigmáticos para las niñas curiosas: incesto, violación, asesinato pasional... Todo esto repercute directamente en nuestras vidas mansas y resguardadas. A mi hermana no la dejan ponerse faldas tubo para que "Los Comandos", esa ganga legendaria que operaba durante los cincuentas en las calles de Santurce, no le fueran a tajar las nalgas con sus navajas de afeitar. Y cuando vamos a la tiendita en busca de pilones con ajonjolí, nuestra madre nos dice, con la boca fruncida y la mirada grave: Mucho ojo, bien seriecitas, saben, no le pelen el diente ni a los vecinos... ¡Sobre todo a los vecinos, bendito sea Dios! Papá también nos tiene bien advertidas: Caminen siempre sin remeneo de nalgas para que no den de qué hablar y junten las rodillas cuando se sienten para que ningún soplapotes me las vaya a ligar. No silben ni usen pantalones, que eso es cosa de machos. Y estudien mucho para que consigan su diploma, que los hombres luego se van... En definitiva, que la calle está llena de peligros, que hay que andar alertas y poner cara de mangó verde al acercarse a los bares donde se juntan en racimos esas criaturas peludas y temibles que nos acechan sin tregua con su mirada de melao. Es el mismísimo Hombre Lobo, aquel capaz de hacerles el más dulce de los bienes y el más amargo de los daños a las temerarias que tengan la osadía de atravesar solitas el bosque las noches de luna llena.

Pero aprender a conocer al Hombre Lobo es mucho más complicado de lo que pensamos. Sabemos que es astuto, peludo y bravo. Sin embargo, su cara puede ser suave y lampiña y su palabra infinitamente azucarada y seductora. Las adolescentes de lo cincuentas sueñan todas con Tito Lara y se saben de

memoria las canciones de Edmundo Disdier. Las serenatas que le traen a mi hermana y que ella escucha emocionada tras las celosías entornadas de la sala llegan como un aroma dulce de jazmines atravesando la neblina del mosquitero hasta mi cama todavía immaculada. La educación sentimental del bolero se va infiltrando tiernamente a son de guitarras, llenándonos las cabecitas de floridas cursilerías que nunca olvidaremos y románticas expectativas de felicidad que nunca conoceremos. Hipnotizadas por la poesía sensiblera de esas canciones repetidas como letanías desce siempre, nos peinamos sonrientes frente a un espejo turbio que nos retrata a veces como seres etéreos, casi incorpóreos, incapaces de cualquier imperfección terrenal y otras veces como crueles e insensibles pecadoras, Evas tentadas y tentadoras que arrastran a los hombres buenos a su perdición. Nos habita hasta la muerte la doble visión del Hombre Lobo fiero y tierno y su inseparable corolario, el de la Caperucita seducida y seductora. Crecemos apretando las rodillas para estar siempre bien sentadas y apartando la vista para evitar el peligro de esa mirada fascinante y fatal. Mientras tanto, fabricamos locas fantasías de pasiones desbocadas, compañeros fieles y amores inmortales que serán a la vez el veneno y el antídoto de nuestra soledad.

## II El lobo en el baño

Son las diez de la noche. El calor rompe récords y la de humedad está verdaderamente insoportable. Imposible posponerlo más. Entro al cuarto de baño, descorro la cortina plástica salpicada de hongos y abro las plumas para preparar la ducha salvadora. Según me voy desnudando, el espejo se cubre de vapor, nublando la imagen reflejada, dejándome absolutamente separada de mí misma. Mientras el chorro golpea mis hombros y los dedos tibios del agua se deslizan por mi espalda, trato de no pensar en el rostro siniestro de Anthony Perkins asomado al agujero sin fondo de mi memoria.

En la moderna sociedad puertorriqueña, nacida de un acto de guerra y

marcada por el azote implacable de la dependencia económica, el desempleo y las drogas, la violencia es un estilo de vida. En años recientes, las estadísticas del crimen han hecho de San Juan la más prometedor aspirante al título de Ciudad Más Peligrosa del Caribe. El estrés rebasa los límites de la credibilidad, perfora la capa de ozono psicológica que nos protege de las malas vibraciones. Sobre todo cuando se nos van cayendo algunos velos de los ojos y empezamos a sospechar que el Hombre Lobo ya no sólo le aúlla a la luna en nuestro patio mientras lo observamos con una mezcla de curiosidad y susto desde la protección de nuestras ventanas enrejadas. Sobre todo cuando descubrimos horrorizadas que el hogar no es, no ha sido nunca, no será jamás un tabernáculo sagrado, que el peligro está también adentro, detrás nuestro, al lado nuestro y que ese príncipe durmiente que roza nuestro cuerpo en la king-size nupcial corre el riesgo impredecible de echar súbitamente garras y pelos. Y eso, que no sabemos más que los números oficiales, que no nos imaginamos la cantidad real de mujeres asesinadas diariamente por esposos, exesposos, amantes, novios y padres. Los sicólogos nos escandalizan con el anuncio de que dos de cada tres mujeres sufren maltrato conyugal en el país. Ante el peso de la prueba, nosotras, las exniñas de los cincuentas, las adolescentes de los sesentas, comenzamos a sospechar por qué nuestras ilusas madres nos aconsejaban que no nos casáramos con un puertorriqueño. ¿Es esta violencia sexual un rasgo cultural de nuestra sociedad? ¿Será sencillamente la expresión reincidente de una genética determinista que desde los tiempos de los cavernícolas nos persigue como una maldición? ¿Podría explicarse acaso como el contrataque de un machismo en crisis después de las conquistas feministas de los sesentas? ¿O será más bien el resultado de una crianza y una educación que nos preparan para la fatalidad del desencuentro?

Las imágenes que nos vamos (que nos van) creando desde la infancia del sexo opuesto (El Rey de la Casa, el Galán Picaflor, El Sátiro Violador, el Buen Proveedor) y del propio sexo

(La Heroína Casta y Pura, La Mater Dolorosa, La Víctima Feliz, La Vampiriza Castrante) impiden en gran medida la comunicación auténtica entre hombres y mujeres. Más parecemos dos especies en guerra, empeñadas en la destrucción, que dos variantes dignas de una humanidad rica y diversa. Dentro de esa educación basada en la falsa representación en la nostalgia de la dominación y la deformación del sentimiento, la mitología del Hombre Lobo, es a la vez terrible y atractiva. Reduce a los hombres a una animalidad simultáneamente reprimida y deseada. Reduce a las mujeres al miedo, la sumisión o la hipocresía.

La toma de conciencia de nuestra sujeción a unos estereotipos tan profundamente anclados nos puede llevar inclusive hasta el desarrollo de una actitud paranoica y autojustificativa que a menudo resulta la peor de las defensas. Así, le reprochamos exclusivamente al hombre una violencia aprendida y aprobada, muchas veces con nuestra complicidad de madres orgullosas o nuestra complacencia de damiselas seducidas. Por otra parte, la rebeldía de las mujeres contra un orden social aplastante se convierte a veces en un revanchismo tan machista como su causa directa. El mito de la Mujer Lobo se levanta de las cenizas de su contrario para por un curioso electo neutralizador darle vida y perpetuarlo.

¿Los lobos se podrán domesticar?  
¿Habrà tal cosa como un lobito bueno?  
¿Podremos hasta llegar a tener uno en la casa?  
El cuento del lobo nos persigue, nos atormenta, nos confunde, nos impide inventarle otro final: un final que nos permita sobrevivir esas peligrosísimas noches de luna llena. Hay quien dice que las confrontaciones feministas de este siglo finiquitado han desnaturalizado las relaciones entre los sexos. Vale la pena preguntarse: ¿Es que alguna vez fueron naturales? Estamos viviendo tiempos de profundo cuestionamiento del gesto que creíamos inocente, de la palabra que pasaba por espontánea. En estos momentos de búsqueda, todo es y todos somos absolutamente sospechosos. Nada ni nadie se da ya por sentado.

Pero mejor así. Mejor así que la paz de los sepulcros. A pesar de la artritis hay que cruzar los dedos. Esperamos desesperadamente que tras la crisis de confianza, tras estas dolorosas pero saludables sacudidas de la corteza de la tierra, podamos redefinir el amor, negar el yugo esclavizante de los viejos boleros de nuestro pasado y afirmar la fuerza libertaria de esas nuevas—y seguro que bellísimas—canciones que estamos por aprender.